

BRASIL

EL GIGANTE ENFERMO

El primer telegrama de felicitación que recibió el nuevo gobierno provisional del Brasil venía del Presidente Johnson; el segundo, de Dean Rusk. En una desmayada guerra civil que ha durado unas horas y que ha producido menos muertos y menos heridos que una noche de carnaval en Río, el gran país iberoamericano ha vuelto a entrar en la órbita de los Estados Unidos. José Goulart, «Jango» Goulart, el hombre que creyó posible crear un Estado independiente y fuerte, está en el exilio lanzando los mensajes clásicos: no todo está perdido, la resistencia continúa, el pueblo acabará por triunfar... Mensajes, por cierto, no desprovistos de sentido. En Iberoamérica, los caminos del exilio son de ida y vuelta y nada indica aún que el nuevo régimen del Brasil se vaya a establecer sobre bases seguras: es decir, que pueda resolver la trágica situación social, los profundos problemas económicos que hacen del país un gigante enfermo. Si los nuevos triunfadores mantienen sus privilegios de clase o los amplían, el espíritu revolucionario subyacente en el Brasil se acrecentará. Hace un año, el periodista norteamericano Milan J. Kubic escribía: «Para los Estados Unidos, la dirección política que tome el Brasil en los próximos meses o años puede ser una cuestión de vida o muerte». Aparentemente, el rápido golpe de Estado ha resuelto en estos momentos la cuestión a favor de los Estados Unidos. Pero la profecía sigue en pie. El incidente no ha terminado.

las dos caras del país

João Belchior Marques Goulart tenía en sus manos un país que es el quinto del mundo en superficie (le preceden China, URSS, Estados Unidos y Canadá), el octavo en población (70 millones, aproximadamente: no hay censo en las selvas), el doceavo en renta nacional bruta. El país más rico de Iberoamérica. Con su producción de café de un año (de cada dos tazas de café que se toman en el mundo, una es del Brasil) podría hacerse café puro con todo el Océano Atlántico. Brasil es el noveno país del mundo en producción de mineral de hierro, el noveno en estaño, el cuarto en ganadería, el quinto en algodón, el segundo en bosques, el cuarto en ganado de cerda, el sexto en producción de carne de consumo, el noveno en producción de arroz, el tercero en azúcar. Tras esta poderosa cara del Brasil hay una cruz: la pobreza. Veintisiete millones de personas mueren literalmente de hambre en las desoladas tierras del Nordeste. No hay que ir tan lejos para buscar la mi-

seria. A un kilómetro de distancia de Río de Janeiro, de la fabulosa ciudad de Río de Janeiro, están las *favelas*, que pueden considerarse entre los más apesados, fétidos y despojados suburbios de cualquier lugar del mundo (cito, de nuevo, al norteamericano Kubic). La mitad de la población del Brasil vive en la miseria. La mortalidad infantil es del 17 por ciento (en algunos Estados, como el que paradójicamente lleva el nombre de Natal, del 42 por ciento). Más de la mitad de la población del Brasil es analfabeta total: 35.000.000 de personas. El número no tiende a disminuir, sino al contrario: un 50 por ciento de los niños en edad escolar no recibe ninguna clase de educación, y sólo un 14 por ciento de los que van a las escuelas tiene acceso a la segunda enseñanza (datos de un editorial del «Times», de Londres). Brasil es uno de los pocos casos en que hay proporción inversa entre la renta nacional y el número de analfabetos, pero no se trata de una casualidad ni de una anomalía: ocurre que los analfabetos no tienen derecho al voto. A las clases privilegiadas no les interesa, por lo tanto, que las clases pobres aprendan a leer, porque entonces podrían votar, y su voto cambiaría inmediatamente el panorama político. En Brasil, la vida media del hombre es de treinta y nueve años; la de la mujer, cuarenta y cinco años. Puede añadirse a estos datos el de que más del 50 por ciento de la industria está en manos de extranjeros (es decir, de capitales de Estados Unidos) y que los principales servicios públicos pertenecen también a empresas de Estados Unidos, 400 sociedades anónimas están en manos de extranjeros. Sus beneficios pueden volar del país: algunos años, los beneficios que emigran son superiores a las cantidades invertidas.

Es posible que, en teoría, estos dos mundos opuestos del Brasil, el pobre y el rico, se comuniquen más que en otros países de división económica similar. Esta es la teoría del profesor Gilberto Freyre, autor de un interesante libro titulado «Las mansiones y las chozas», según la cual teoría Brasil es el único país «donde es posible elevarse con rapidez de una clase social a otra, de una raza a otra, de una religión a otra». Dice Freyre que este dinamismo ha creado en la historia civilizaciones tan ricas como las de Egipto, Grecia y Roma. El libro está escrito en 1936: es posible creer que en los casi treinta años transcurridos este movimiento de intercomunicación haya desaparecido, que la dinámica social se haya detenido. La situación, hoy, parece distinta. La sociedad privilegiada se ha encasillado en sus bienes, y los pobres se sienten condenados a la pobreza para sí mismos y para sus hijos. Esta radicalización es la

que ha producido la catástrofe social brasileña, y la que mantiene abierto el peligro si no se corrige inmediatamente.

indefinible goulart

He escrito antes que Goulart tenía en sus manos este país contradictorio y he escrito mal. El Presidente Goulart no ha tenido nunca más que un poder teórico, ni en sus manos hubo nunca más que un puñado de sueños. Es un político difícil de definir («Definición», le han gritado más de una vez en los mítines), ni aún con la objetividad de la distancia. Muchas veces ha sido considerado —por sus enemigos— como comunista, a pesar de los grandes esfuerzos que ha hecho por evitar una clasificación tan peligrosa para un político americano: Goulart ha declarado que Brasil debía ser la «anti-Cuba», corrió a Roma para ser el primer jefe de Estado que felicitase al nuevo Papa, y sus discursos están repletos de citas de las Encíclicas y de las pastorales de los obispos «progresistas» de su país. La verdad es que si hubiese sido comunista el país ofrecería hoy otra cara distinta. Goulart surgió a la política junto a Getúlio Vargas, que le sacó de sus ranchos —el Presidente depuesto es un propietario riquísimo, si es que a estas horas no ha perdido ya todas sus posesiones— para convertirle, de pronto, en ministro de Trabajo. Goulart se hizo entonces aliado de los obreros: no ha dejado de serlo. A la muerte del suave dictador Vargas —que se suicidó en 1954, envuelto en una campaña de escándalo—, Goulart le sucedió al frente del partido obrerista, y se convirtió en vicepresidente de la nación bajo la presidencia primero de Kubitschek, después del extraño y fantasmagórico Quadros, que duró siete meses en el poder. La dimisión de Quadros le llevó constitucionalmente a la presidencia en 1961, y supo la noticia precisamente cuando estaba realizando una visita oficial a la China comunista. Esta coincidencia, de la que no era responsable —puesto que le había enviado Quadros— figura como uno de los datos «comunistas» de su carrera. Cuando Goulart tomó posesión de la presidencia de la República encontró las grandes fuerzas del país en contra. El Congreso se apresuró a votar una ley por la que se privaba a la presidencia de la mayor parte de sus poderes. Esta ley se sometió a plebiscito, y ganó Goulart: los poderes presidenciales volvieron a él de pleno derecho. Ocurrió entonces que Goulart quiso ejercer esos poderes y las oligarquías se le volvieron totalmente en contra. **SIGUE**



por
eduardo
haro
tecglen

El Brasil, quinto país del mundo en superficie —sólo le preceden China, la URSS, los U.S.A. y el Canadá—, y el octavo en población. Es la nación más rica de Iberoamérica. De cada dos tazas de café consumidas en el mundo, una es brasileña.

BRASIL



Getulio Vargas —arriba a la derecha— fue el primero en fracasar en el intento reformista. La virulenta campaña desencadenada por Lacerda lo llevó al suicidio, lo mismo que condujo a Kubltschek a la derrota y barrió del país al vacilante Quadros. Ahora su víctima ha sido Joao Goulart (fotografía de la izquierda).

Goulart ha lanzado, durante el último año, una importante serie de desafíos. Ha tratado de lanzar una campaña de alfabetización, ha querido hacer votar una ley permitiendo el voto a los analfabetos, ha tratado de producir una reforma agraria, de liberalizar el Ejército. Se ha encontrado con que los capitales volaban hacia Suiza produciendo una espantosa inflación en el país —Goulart no ha cesado de imprimir nuevos billetes de «cruzeiros», que el Congreso vetaba sus leyes, que los generales no le obedecían, que en las elecciones locales iban saliendo como gobernadores sus peores enemigos. Al mismo tiempo la extrema izquierda, en la que únicamente podía encontrar sostén, le forzaba a actuar. Su postura ha ido siendo cada vez más radical. Tuvo que buscar aliados entre los pequeños jefes militares —de comandante a sargento—, ponerse de lado de los huelguistas: finalmente, apoyar un breve motín de seiscientos marineros, que reproducían en pequeño y en escala pacífica la histórica revolución del «Potemkin». Esta salida que le quedaba es lo que se ha denominado «provocación» de Goulart. La verdad es que no pasó nunca de ser un «especialista nacionalista», bien intencionado pero ineficaz.

frente a estados unidos

Al mismo tiempo que lanzaba su desafío a las clases privilegiadas del país, Goulart llevaba a cabo un desafío mucho más importante: contra los Estados Unidos. Ya una vez Kennedy tuvo que mandarle a su hermano Robert para advertirle de lo que se estaba jugando. Sin embargo, Goulart llegó a un desafío abierto: su famoso discurso en la llamada «Alianza para el progreso», que se reunió en Sao Paulo en noviembre pasado, unos días antes de la muerte de Kennedy. Joao Goulart se puso a la cabeza de los «rebeldes» y lanzó la tesis de que la Alianza dejase de depender de los Estados Unidos y



El gobernador del estado de Guanabara, Carlos Lacerda. Sus amigos son los más poderosos de la nación. Antigo comunista, hoy es un fanático del anti-comunismo y especialista en acabar con presidentes.

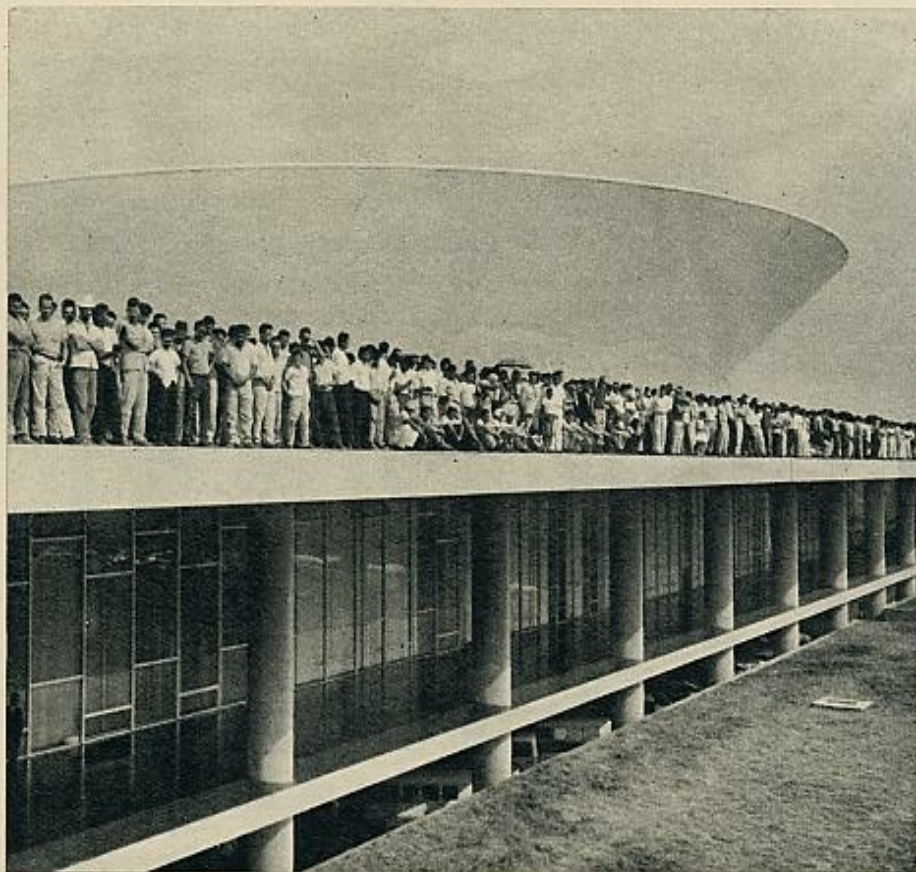
su dinero y se convirtiese en un «frente sólido y cohesivo» de los países iberoamericanos que dependen para su economía de las exportaciones de materia prima. Habló de los «productores subdesarrollados», cuya economía dependía exclusivamente de los precios que quisieran pagar los Estados Unidos. Dijo que no necesitaban más empréstitos de los Estados Unidos sino mejores recursos para salir de una vez para siempre del subdesarrollo. Su discurso se convirtió en un lema: «Comercio y no ayuda». Otros delegados —el de Venezuela, el de Argentina— le siguieron en su movimiento. La Alianza para el progreso estuvo a punto de morir para siempre en la reunión de Sao Paulo. Averell Harriman consiguió remendar la situación difícilmente. Pero Goulart estaba ya condenado. Había cometido otros desafíos graves: votar contra la exclusión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, comerciar con la Unión Soviética, recibir a Tito de Yugoslavia. Ha seguido cometiendo otros: nacionalizar los servicios públicos que estaban en manos de empresas norteamericanas, crear una compañía petrolífera brasileña —que fue sistemáticamente sabotada desde su creación— y, últimamente, nacionalizar dos compañías petrolíferas norteamericanas. Aunque estas nacionalizaciones iban seguidas inmediatamente de indemnizaciones, ni la *Esso Brasileira*, ni el Departamento de Estado le perdonaron. Sobre todo: ya no está Kennedy en la Casa Blanca, ahora el duro Thomas Mann ha vuelto a ocuparse de los asuntos iberoamericanos.

golpe cantado

El golpe de estado estaba previsto. Lo venían cantando los periódicos de los Estados Unidos desde hace tiempo. El principal enemigo de Goulart —tan importante como su íntimo, el embajador de los Estados Unidos Lincoln Gordon, que llegó a ser llamado al orden por el Departamento de Estado— había dicho en octubre que Goulart no llegaría en el poder hasta finales de año. Se ha pasado en tres meses.



Los contrastes: arriba, una aldea de la ribera del río Araguaia, que no esconde su miseria. Abajo, Brasilia, la de las audaces líneas arquitectónicas, en uno de los recibimientos que dispuso a Joao Goulart, cuando las reformas parecían posibles. Pero el desafío lanzado por «Jango» ha conducido a su reciente caída.



Probablemente, no por culpa suya: Lacerda ha hecho todo lo posible por derribarle del poder. Es una de sus especialidades. Este antiguo comunista, pasado después al más fanático anticomunismo, es un especialista en acabar con presidentes. Su virulenta campaña de escándalos llevó al suicidio a Getulio Vargas; condujo a Kubitschek a la derrota y barrido del país al cómico y vacilante Quadros. Lacerda se ha quedado siempre a las puertas del poder, aunque tiene uno fabuloso: es gobernador del Estado de Guanabara. Es decir, del Estado donde se encuentra Río de Janeiro. Ha negociado directamente con los Estados Unidos empréstitos para su Estado, tiene una guardia personal, vive en un palacio más rico que el del Presidente y sus amigos son los más poderosos de la nación. Entre ellos el magnate de la prensa Francisco de Assis Chateaubriand, propietario de los «Diarios Asociados»: 31 diarios, cinco semanarios, veinte emisoras de radio, doce estaciones de televisión. Es fácil comprender lo que esta fuerza representa contra un político y a favor de otro. La campaña, por citar un ejemplo, que estos periódicos lanzaron contra el cuñado de Goulart, Brizola, fue feroz y esmaltada por frases como éstas: «Brizola es una bestia del Apocalipsis», «un gamberro de las pampas»; «triste misión es la del periodista que tiene que mojar su pluma en su putrefacta carrera»; «el diputado Brizola es un mentiroso... Brizola, siendo cuñado del Presidente, no encontró apoyo en los Tribunales, ni en la policía: no encontró un periódico desde el que poder responder.

Si no me equivoco, Lacerda tampoco tiene ahora muchas posibilidades de conquistar el poder presidencial, y tendrá que conformarse con ser el «amo en la sombra». Hago esta predicción contando con el buen sentido del Departamento de Estado y de la derecha brasileña, que me temo que sea mucho contar. Quiero decir que Lacerda en el poder sería una provocación excesiva para el pueblo, que le considera como su peor enemigo, como su agresor más directo. Puedo hacer una nueva predicción: si Lacerda asumiera oficialmente el poder, la revolución cristalizaría rápidamente.

SIGUE



Las dos caras
del Brasil:
la poderosa de
las grandes ciudades,
con su impresionante
urbanismo
y la miserable
de las «favelas»,
«los más apesados,
fétidos y
despojados suburbios
de cualquier lugar
del mundo».
Frente al lujo
de Río o de Belo
Horizonte,
treinta y cinco millones
de analfabetos
—la mitad de la
población—,
con tendencia a
aumentar cada año,
y veintisiete
millones de personas
que mueren
literalmente de
hambre en
las desoladas
tierras del Nordeste.





La sociedad privilegiada se ha encastillado en sus bienes y los pobres se sienten condenados a la pobreza para sí mismos y para sus hijos. Esta radicalización es el motivo que ha producido la catástrofe social brasileña. Además, el cincuenta por ciento de la industria se encuentra en manos de extranjeros.

los revolucionarios

¿Qué posibilidades tiene una revolución popular? No puede calcularse hoy que sean muchas, a juzgar por la rapidez con que Goulart ha caído, sin que la huelga general convocada por los Sindicatos surtiera efecto. Pero hay que tener en cuenta que Goulart no contaba, a pesar de todo, con el apoyo decidido del pueblo. Su falta de definición le hacía parecer como un sospechoso. Los hombres que se consideraban oficialmente de izquierdas, como el gobernador Miguel Arraes, del Estado de Pernambuco, clasificaban a Goulart como un demagogo y como un hombre sin fuerza suficiente para vencer la obstrucción de la derecha que le impedía gobernar y que arrastraba al país al caos económico. La revolución, lo que realmente se entiende por revolución —es decir, un levantamiento armado del pueblo contra el poder— no puede producirse en Río, ni en Brasilia, ni en Sao Paulo: hay que esperarlas de los desiertos del Nordeste. Es allí donde se ha refugiado el auténtico izquierdismo revolucionario. Allí está el Padre Antonio Melo Costa, un pequeño sacerdote de veintinueve años que ha organizado los Sindicatos campesinos explicándoles que lo primero que tienen que hacer es unirse y, después, exigir. También al Padre Melo se le ha acusado de comunista, lo cual él desmiente en razón de su fe católica. Allí está también el líder fidelista Francisco Julião, entre los dos mil pescadores de Ponta de Pedras, y el gobernador Miguel Arraes. En torno a ellos hay 27 millones de desarrapados, viviendo una subvida.

No sé aún lo que habrá sido de estos dirigentes populares después del golpe de Estado. El golpe de Estado ha sido demasiado débil, demasiado fácil, como para iniciar un período de represión demasiado dura. Y las zonas del Nordeste no son fáciles para una represión masiva.

Esta es la amenaza que está ahora pendiente sobre Brasilia y sobre Río de Janeiro. Esta es la amenaza que podrá cristalizar un nombramiento como el de Lacerda, o cualquier situación económica que no mejore inmediatamente las condiciones sociales del Brasil.

